

María en "Historia de un alma"

Por otra parte, la pobre pequeña Teresa, no hallando ningún socorro sobre la tierra, se volvió hacia Ella, la Madre Celestial y le rogaba con todo el corazón que, finalmente, tuviera piedad de ella... Desde un principio la Virgen me parecía bella, tan bella que yo nunca había visto nadie así de bello. Su rostro reflejaba bondad y una ternura inefable. Lo que penetró profundamente en el fondo de mi alma fue "la sonrisa encantadora de la Virgen". Entonces, mis penas desaparecieron, dos lágrimas despuntaron de mis párpados y descendieron en silencio sobre mis mejillas, pero eran lágrimas de un gozo sin límites... "Ah, pensé, cuán feliz soy, la Virgen me ha sonreído... pero no lo diré a nadie, porque entonces mi felicidad desaparecerá".

Sin ningún esfuerzo bajé los ojos y vi a María que me miraba amorosamente. Yo estaba conmovida y parecía intuir el favor que me había hecho la Virgen Santa... Era Ella, no se había resistido a las oraciones hechas, y ahora tenía la gracia de la sonrisa de la Reina del Cielo. Vislumbrando mi mirada fija sobre la Virgen, Ella dijo: "Teresa estás sanada! Sí, la florecita estaba renaciendo a la vida y el Rayo luminoso que la había rescatado no retendrá ya sus beneficios: actuó dulcemente, suavemente, enderezó la flor y la fortificó en modo tal que, cinco años después, la florecita se abrirá sobre la fértil Montaña del Carmelo.

María adivinó que la Virgen me había dado alguna gracia escondida. Cuando estuve a solas con ella me preguntó cómo había visto, y yo, no pudiendo resistir a sus preguntas apremiantes, estupefacta además por ver adivinado mi secreto, sin que yo lo hubiera revelado, se lo confió por entero a mi querida María... Ah mismo, como había supuesto, mi felicidad desapareció, transformándose en amargura. Durante cuatro años, el recuerdo de la gracia inefable que había recibido, fue para mí una verdadera pena interior y no tenía otra felicidad que acudir a los pies de Ntra. Señora de las Victorias. Hablaré más adelante de esta segunda gracia de la Virgen, ahora tengo que decir, Madre dilecta, en que modo mi gozo se transformó en tristeza.

María, después de haber oído la narración ingenua y sincera de "mi gracia", me pidió permiso para contarla en el Carmelo. No podía decir que no...